

I

Dijo la crítica por boca de Boileau:

*Rien n'est beau que le vrai*¹,

y no pasó mucho tiempo antes de que las fábulas, arabescos exóticos y exageraciones, originarios principalmente de los tiempos heroicos, perdiesen toda la soberanía hasta entonces ejercida en la amplia esfera de las bellas letras. Los Prometeos, los Hércules, los Teseos y las Esfinges, si no desaparecieron convertidos en polvo, lanzados a los cuatro vientos, fue porque era necesario que se conservaran los patrones que debían guiar al filósofo a través de los laberintos del pasado. Por eso, ahí están firmes sobre sus pedestales de piedra, aunque deslumbrados por la luz fulgurante que solo procede de la verdad.

Sin embargo, y para que no se extrañen algunas murmuraciones, quizá pasajeras, en el instante en que me rinda a las exigencias de esta pretenciosa generación, no voy a dejar de confesar el amor que siempre profesé por los cuentos de hadas.

¹ Verso inicial de un poema de Nicolás Boileau-Despréaux (1636-1711), crítico y literato francés. (*Todas las notas son del traductor*).

Me rindo. Pero, como no soy dado a trascendencias, pues repudio tanto la incógnita de los matemáticos como a la Dulcinea de los Quijotes, abro sobre mis rodillas una crónica que cayó en mis manos por casualidad y, aprovechando la riqueza de mi elección, dejaré de este modo de estar obligado a inventar, en lo que hallaría un gran riesgo de volverle la espalda a la verdad.

Mi cuento es amante de la sangre azul. Adora a la aristocracia. Y el lector debe peregrinar a mi lado por la alta sociedad. He de conducirlo a uno o dos bailes y despertar su interés con misterios, amores y celos de los que se prodigan en esas novelas de maneras afectadas. Preste atención pues, en este momento, comienzo amoldándome a la vieja usanza:

La bóveda azul del cielo iluminaba con millones de estrellas las torres, los obeliscos y las arcadas de la decrepita arquitectura de la ciudad. Era una noche muy apacible. Sin embargo, la atmósfera hacía recordar los hielos de Siberia. En contraste, en el salón del baile brotaba una primavera audaz y resplandeciente. La vertiginosidad de los vales dispersaba alientos que iban transformándose en insanias febriles.

¿Quién no sabe lo que es un baile? Y, pese a ello, siento la tentación de describirlo, sin ignorar que en ello se advertirá falta de modestia y un trabajo verdaderamente innecesario. Mil poetas, en la ponderación de sus primorosos versos, han sabido pintarlo sin omitir ninguno de los matices que lo hacen relumbrar. Mejor será, por tanto, que el lector vea la descripción de mi baile en cualquier poema artísticamente imaginativo, por que en esto de las descripciones no se

suele salir del propio terreno. ¡En caso contrario, aquí le ofrezco las pincladas de un rápido esbozo!

Las flores más olorosas, en gigantescos jarrones de esmaltada porcelana; el arte revelándose por todas partes, en los marcos de los espejos, en los cuadros, en los techos dorados; emanaciones balsámicas que se exhalan en esos recintos encantados; a lo lejos, una música voluptuosa, no sé de qué inspirado *maestro*; y, resaltando sobre todo, animadas parejas con mucha vida y mucho amor que se abandonan a la efervescencia de las danzas, corriendo ahora bajo una irisada mezcla de colores para, livianos, separarse inmediatamente bajo las miradas curiosas de aquellos que se contentan con observar, apoyados con cierto aire estudiado sobre el mármol de las columnas o recostados sobre las voluptuosas otomanas.

El sol majestuoso de un hermoso día de verano no se proyecta más radiante sobre las alas y sobre los pétalos, ricamente adornados, de mil mariposas y de mil flores, que aquellos centenares de brillantes soles artificiales de los relucientes cristales sobre las vestimentas suntuosas que las damas arrastraban por las aterciopeladas alfombras.

Del mismo modo en que durante las libaciones en honor del astuto Baco, a las que los sacerdotes y las sacerdotisas acceden indiferentes o, incluso, decaídos, para después, al levantar la vigésima copa del efervescente licor, mostrar sus ojos chispeantes y desgreñarse el cabello bajo el *evohé*² del entusiasmo, de ese mismo

² Grito litúrgico de regocijo que se pronunciaba de forma repetida durante las bacanales.

modo también en aquel baile la ebriedad de los placeres había despertado adormecidos sentimientos.

Con todo, destacaba allí una escena desalentadora y turbadora que, principalmente, afectaba a algunos observadores que ni se molestaban en ocultar el frenesí que los embargaba.

Historias del corazón, sin duda.

Margarida es una de esas mujeres fatales que despiertan una atracción irresistible. Al estar soltera, el hombre que por desgracia se ha fijado en ella quiere ser un Romeo; y de estar casada, no escasearían Werthers que se reventasen el cráneo para ser merecedores de su nostalgia.

En el brillante séquito no faltaba ni el noble distinguido, ni el brasileño sin títulos, cosa extraña en regiones sublunares. Ella era el ídolo venerado por todos los creyentes.

Pero, ¿por qué estará en el baile tan triste y distraída? Apoya melancólicamente la cabeza sobre el hombro de su pareja y ni siquiera escucha sus amorosas palabras, sumida en aquella femenina *rêverie* que es, para el hombre que ama, un infierno de torturas.

Dan las once. Ella se estremece y dirige por última vez la mirada hacia la puerta de entrada. Después, desfallecida, exhala un suspiro y se deja arrastrar, como insensible, bajo el revolotear de las mazurcas.

En aquel preciso instante, dos caballeros fumaban en una sala apartada, uno se apoyaba con peculiar dandismo en el friso de una chimenea rematado con caprichosos florones; el otro permanecía postrado en una silla y con las piernas cómodamente cruzadas

frente a las ardientes brasas. Mantenían un diálogo comedido y monótono.

—Albergo esperanzas —decía con cierto orgullo el que se mantenía de pie, tirándose de las incipientes puntas del bigote.

—¡Vanidad, don João! —replicaba el otro—. Soy veterano en esas lides. Me vanaglorio de haber rasgado con estas manos velos del más sagrado pudor y, pese a ello, Margarida...

—Margarida es mujer.

—Pues sí, pero ¿quién le asegura la victoria?

—Todo —respondió el mencionado don João un tanto ofendido por las dudas del interlocutor—. Pequeños favores concedidos, una caída de ojos...

—Ilusiones del amor propio. Mire, puede creerme, la copa de la ambrosía, que apaga ansias de amor, no ha de arrimarla ella a sus labios. Margarida es de las pocas mujeres que tiene solo un corazón que será entregado una única vez.

—¿De dónde le viene tanta sabiduría sobre las mujeres?

—Si no me sobrara experiencia propia, tendría entonces a Balzac.

—¡Ah! —y sonrió con desdén. Aun así, prosiguió—. Yo puedo obtener...

—Lo que es de otro, por supuesto, no.

—Entonces, Margarida...

—Ama.

—¿A usted, barón?

—No, miserable de mí.

—Pues, ¿a quién?

—Al vizconde de...

Lo interrumpió una voz que anunciaba:
—¡El señor vizconde de Aveleda!

Los dos amigos se estremecieron y se precipitaron hacia la puerta. Cesó el baile. Los caballeros se agolpaban junto a la entrada del salón. Las damas quedaron turbadas e indecisas. Margarida giró su rostro jubiloso hacia un espejo y, satisfecha consigo misma, se abandonó sobre los cojines de una otomana, ocultando tras el abanico su rostro sonrojado.

¿Qué sucederá?

Tras correr una cortina, se vio cómo un hombre extraño asomaba a través del umbral de la puerta. Era de esos hombres de los que no se proporciona descripción y que debería de ser la desesperación de los Van Dyck y de los Tiziano. Lo mismo podríamos suponer que tuviera treinta como cuarenta años de edad. De estatura era más alto de lo habitual; y en su pálido rostro, más agradable gracias a la barba negra, corta y fina que lo enmarcaba, dejaba adivinar una larga peregrinación de amarguras. Era la perfecta materialización de un tipo ideal y misterioso, tal como los concebía Byron. Y misteriosa era la historia de su vida. Pese a los dos mil extravagantes rumores que parecían correr únicamente para acrecentar su prestigio, solo se sabía con certeza que había llegado de América y que era apreciado por los doctos y los discretos.

Avanzó con pausa y gravedad entre la fascinada multitud. No obstante, en aquel movimiento se apreciaba un esfuerzo disimulado. Parecía un movimiento mecánico, automático; y sus pasos resonaban sobre el suelo, para despecho de las finas alfombras, con extraordinario ruido. El impetuoso don João, el

joven enamorado que el lector acaba de conocer, lo miraba fijamente con ojos encendidos. Tenía delante al hombre que había sabido arrebatarse la más querida de sus esperanzas. Le cruzó por la mente un fugaz sentimiento de rabia: se aventuró a rozarlo, indiscreto y temerario. Sin embargo, al tacto, le pareció hallar en aquellos miembros la inercia del granito. Lo miró más fijamente y retrocedió traspasado por un pánico irresistible.

Le dio la impresión de ver *la irónica estatua del comendador*³.

³ Se refiere a la estatua de piedra que se aparece al personaje de Don Juan en las múltiples versiones de la obra.

II

Una historia cualquiera, extraída de una crónica, debe necesariamente tener en perspectiva la difusión de acontecimientos memorables perdidos entre una gran diversidad de hechos o la manifestación característica de las costumbres de un pueblo en una época determinada. Ubicar el hecho en el lugar que le corresponde es, sin duda, la primera obligación que en ambos casos compete al narrador. No lo ignoro. Sin embargo, me sometería de mejor grado al lloriqueo de la crítica que al simple hecho de fijar la acción de mi cuento en este o en aquel país ya que, por una desgraciada omisión en el destacado manuscrito que tengo frente a mí, ignoro a cuál pertenece.

Amo la fidelidad. Y en esas sencillas palabras aporto la explicación de mi abstinencia en el empleo de colores locales.

Con todo, era preciso que la escena transcurriera en alguna parte.

Reflexioné con la sensatez que el caso requería y, finalmente, rendido ante la necesidad, desperté prácticamente decidido a llevar a mis héroes a Japón, desde donde cualquier sombra de algo extraordinario se percibiría como menos sobrenatural. Pues, cuanto más lejanas se ven las cosas, mayor dimensión adquieren al ser

sopesadas por la imaginación, pródiga normalmente en oropeles y toda clase de frivolidades. Además, pese al abuso que en ese sentido cometiese a costa de la buena fe del lector, no lograría hacer que palidciera el mérito de la obra porque, sin ser evidente en ella el cuño de los trabajosos estudios que abren las puertas de las academias, seguiría gozando de su dimensión moral, digna de ser comparada con esos cuentos, lujo de la infancia, precisamente denominados «tesoro de los niños».

Fluctuaba en semejante disyuntiva cuando vino a apartarme de mi intención la desgraciada ocurrencia de que vivimos en tiempos civilizados, tiempos en que António José⁴ cedió su lugar a la alta comedia, en el áureo periodo de la sobria chaqueta y del sombrero alto.

Por tanto, no me sería Japón de mucha utilidad. Hijo de mi época, caminaré con ella. Ya hubiera sido un crimen buscar un modelo en los grotescos desaguisados del viejo Portugal, cuánto más retrotraerme hasta el punto de servirme de las cómicas vestimentas de los japoneses.

En fin, voy a romper el hilo de estas divagaciones para entregarme con devoción a la historia, que lo merece. Que escoja el lector, según su capricho, el lugar de la acción, que, en eso, me lavo las manos con tal de que no se ausente del país en que se lea a Dumas y a Kock⁵ y donde abunden seminarios, escándalos y sotanas.

⁴ António José da Silva (1705-1739), dramaturgo brasileño afincado en Portugal.

⁵ Charles Paul de Kock (1793-1871), novelista y dramaturgo francés.

Imagine el baile, si le place, ya sea por comodidad o propiedad, imagínese en Lisboa, en el fastuoso salón de una Ninon de Lenclos⁶ contemporánea. Allí dejamos la simpática silueta del vizconde de Aveleda, perturbando la armonía de la fiesta con la sorpresa de su aparición. Ahora, vamos a hallarlo en medio del lujoso bullicio, oprimido por una profunda melancolía que parecía proyectarse sobre todos los semblantes, como si fuera el suyo un espejo animado. Tal era la vaga expresión de las facciones del vizconde que permitía percibir algo semejante a las fuerzas atrayentes y repelentes del magnetismo. Las damas se sentían fascinadas; y los petimetres, recelosos e irritados, con esa irritación —antes malhumor— que tiene su origen en la humillación. Porque les humillaba la simple presencia de aquel hombre que, según ellos mismos decían, era más un mito que otra cosa.

Poco le importaba al vizconde el efecto que producía. Todavía no se había levantado de la silla en la que se había dejado caer y, salvo por algunas palabras delicadas o ciertos gestos a los que le obligaba la cortesía, podría tildársele de estatua insensible.

—¿Le has hablado? —preguntó Margarida con vivo interés a una amiga a la que había ido a buscar, mientras señalaba hacia él.

—Ahora mismo.

—¿Y?

—¡Ay, niña! No sé expresarte lo que siento. Nunca me había topado con un hombre así. Si supieses

⁶ Anne de l'Enclos (1615-1705), mujer de letras francesa famosa por su obra epistolar.